

4110-431R-3522

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes..... 4 reales.
Por tres id..... 11 »
Por un año..... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id..... 28 »
Por un año..... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses.... 30 »
ULTRAMAR.—Un año..... 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana.—jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral. 1.º.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTES: ORTEGO Y PEREA.

ALMANAQUE DE GIL BLAS PARA 1869.

Se halla de venta en esta Administracion y en las principales librerías y puntos de venta del periódico. Cuatro reales, tanto en Madrid como en provincias.

ACTUALIDADES.



Esperando la libertad de cultos.

—¿Sabes, chinito, que la cosa tarda?
—¡Y yo que he mandado traer un templo de porcelana!



Caricias de una mujer, aconsejada por los curas, al saber que su marido defiende la libertad de cultos.



—¿Con que en día de boda te presentas con ese traje?
—Soy liberal, y nos casaremos en Reus.



—En cuanto se reunan las Cortes tendremos rey, y yo saldré a esperar.
—Pues mira, en lugar del paraguas, sería mejor que llevases la escalera.



Los atributos esenciales de la Monarquía el día 5 de enero.



—Adios, amigo GIL BLAS; no te quejarás de mí; buena campaña hemos hecho. Dirás a mi sucesor que le dejo algunas libertades, y que se procure la de cultos si quiere cumplir con su mision en este mundo.

## CRONICA POLITICA.

*La Reforma*, diario que se llama monárquico aunque parece republicano, como otros se llaman republicanos aunque parecen monárquicos, lanzó días há a la discusión una pregunta que ha producido gran alboroto.

¿Convendría aplazar las elecciones de diputados?

Esa es la pregunta.

El periódico antes citado asegura que no tiene formada opinión acerca de esto, y entiende que debe discutirse en la prensa.

Discútase muy en hora buena, aunque tengo para mí que la discusión será inútil por lo que diré más adelante. Creo que había de ser impolítico y peligroso aplazar esas elecciones; creo más, creo que ya se han retardado más de lo conveniente.

Si esta expresión sencilla y franca de mi opinión particular puede contribuir á que *La Reforma* determine la suya, lo celebraré en el alma: en otro caso, continuaré pensando lo mismo, porque no es de ahora, sino de siempre, el pensar yo que en los períodos revolucionarios cada minuto que se pierde es un paso hácia atrás en el camino del progreso.

Indiqué antes que la discusión sería inútil, y dúleme añadir que esto significa un severo cargo al Gobierno provisional que, ciego tal vez, acaso aturcido, parece obstinado en separarse cada vez más de los procedimientos liberales, únicos posibles hoy para el bien de todos.

Vanas son las indicaciones de la prensa, sus advertencias son inútiles—no necesito citar hechos—y es fácil que si la opinión pública se manifestaba favorable al aplazamiento, decidiese el gobierno apresurar las elecciones: ¡que tal y tanto es su deseo de atemperarse á las exigencias de la opinión!

Después de haber dirigido inculpación tan dura, nada más grato para mí que mandar la enhorabuena más cumplida al ministro de Fomento por su último decreto sobre instrucción pública.

Sí, Sr. Ruiz Zorrilla, eso es progresar: esa medida es esencialmente revolucionaria, como que representa nada menos que el establecimiento de las universidades libres.

Hecho esto, el país hará lo demás: plácemes y gloria para quien se atrevió á dar el primer paso.

Es grato al corazón del que sinceramente profesa los principios liberales, del que tiene convicción profunda de que la libertad es el único medio para llenar dignamente su misión sobre la tierra, ver que así lo comprenden también los hombres colocados al frente de este movimiento regenerador.

La ley de los contrastes me hace recordar ahora que los periódicos franceses han hablado mucho estos días de la causa formada á unos padrés jesuitas por malos tratamientos á los alumnos de cierto colegio.

Parece que las paternales amonestaciones de estos maestros terminaban siempre á latigazos. ¡¡Caritativos padrés!!

¡Qué lecciones tan elocuentes de mansedumbre y de templanza ofrecían á sus jóvenes discípulos!

¡Qué ejemplos de bondad y de paciencia ponen á su vista!

Y la cosa ha de haber sido grave, porque el tribunal ha condenado á los maestros... Calculen ustedes ahora la veneración y el respeto que enseñadores tales inspirarán á sus hijos en la ciencia.

La misma veneración y el respeto mismo que á los platónicos adoradores de la dinastía derribada pueden inspirar hoy los Borbones, injuriándose y desacreditándose unos á otros, y próximos á devorarse si con esto aprendieran que habrían de recoger como botín el codiciado trono.

¿Han visto Vds. cómo pone el ex-infante D. Enrique al duque de Montpensier?

Yo, que por carácter soy algo dado á ciertas bromas, aseguro que nunca me hubiera atrevido á gas-tarlas tan pesadas con un cuasi-pariente, y que ha estado á punto de serlo más, porque sabido es que faltó poco, allá cuando la cuestión de las RÉGIAS BODAS, para que D. Enrique emparentase íntimamente con su ex-soberana doña Isabel.

¡Y aun se lamentan algunos de que ciertas instituciones se pongan en ridículo! Mercedo lo tienen;

si me dicen que es trabajo supérfluo, diré que tienen razón, porque en efecto ciertas instituciones se ridiculizan por sí mismas, y cuando no, ya se encargan de hacerlas risibles las personas que las representan: dígalo el rey Bomba, dígalo nuestra serie de Carlos que llega hoy al VIII, cuando la historia solo ha llegado al IV, de vergonzosa recordación.

No crean Vds. por eso que disculpo la presentación de Pablo I en el teatro de los Bufos, no.

Yo lamento el hecho, y lo lamento de corazón, no por el ridículo que puede caer sobre instituciones de suyo ridículas, sino porque es repugnante á toda persona bien nacida que de un modo ó de otro se explote la desgracia.

No digo más.

La empresa habrá realizado alguna ganancia; si con ella está satisfecha, allá se las haya; ni aplaudo su satisfacción, ni mucho menos envidiaría yo ganancias obtenidas de este modo.

Tampoco había de celebrar las ganancias producidas al Estado por la imprenta nacional—si pudiera producirlas, que no lo creo;—vean Vds. si podré aplaudir una determinación del Sr. Sagasta, ministro liberal, según afirman, que después de las circulares sobre imprenta, después de haber puesto á buen recaudo á varios periodistas, convierte el Estado en industrial y le hace impresor y empresario de periódicos.

¡Oh, libertad, libertad, qué mal te conocen y cómo te maltratan los que deberían ser tus más amantes hijos!

Séame lícito poner en este mismo punto término y acabamiento á mis lamentaciones; antes de hacerlo descubriré un secreto, poco interesante seguramente, pero que está siendo á la hora de esta el secreto á voces. Razones especiales y largas de contar me obligaron por algún tiempo á firmar con un pseudónimo (Gil Perez); hoy estas razones no existen, y hay por el contrario algunas en virtud de las cuales se hace preciso que nos conozcamos unos á otros y sepamos lo que cada uno quiere y dónde está y cómo piensa; por esto, y por no desmentir aquello de «Año nuevo vida nueva,»—salvo el beneplácito de mi amigo y director Luis Rivera—pienso abandonar desde hoy mi nombre prestado y presentarme á los lectores de GIL BLAS con el que en propiedad me corresponde. Vedlo.

A. SANCHEZ PEREZ.

## CONSEJO DE MINISTROS.

Suenan las cuatro en un reloj de pared. El duque de la Torre aparece en escena con las manos en los bolsillos. Da un par de paseos por la sala y después de una breve pausa dice:

—Pues señor, esto es grave. La cuestión es clara como la luz del día, y el deber de todo buen español es aparecer franco y sincero. Mis compañeros dirán lo que quieran, pero yo estoy seguro de que nuestro deber es obrar claramente, sin ambages ni rodeos. A mí siempre me ha parecido mal eso de andarse por las ramas. Será que yo, acostumbrado á guerrear y á resolver las cuestiones en breve plazo, no puedo acostumbrarme á estas indecisiones diplomáticas; pero la verdad es que yo no puedo resistir más tiempo.

¿Y qué diremos de D. Salustiano? La carta que hoy me ha dirigido tiene más miga de lo que parece... ¡Ay de mí! no pude figurarme nunca que hecho lo más, había de ser tan grave hacer lo menos. ¡Qué cosas tan incomprensibles suceden!

(Saca una carta y lee.)

«Amigo querido: ¡Dios salve á España! Por mi parte, haré todo lo posible para contribuir á tal salvación. Sabe Vd. lo que dije al marcharme de ahí para venir á esta embajada; el país necesita un príncipe sabio, virtuoso, honrado y liberal hasta cierto punto. Veremos si hay en Europa un príncipe de tales condiciones, y si no le hay, mandaremos hacer uno. Pues bien, ya estoy aquí, y he hecho todo lo posible por encontrar esa preciosidad. No hay semejante cosa.

Ustedes dirán á esto que no tienen la culpa, pero yo tampoco.

El príncipe Carignan me parece una cosita regular para nuestro país. No es muy avisado, pero ¡qué demonios! ¿Era avisado D. Francisco de Asís? Y sin embargo, pasaba. Reflexionen Vds. en esto, que es importantísimo.»

(El duque de la Torre se guarda la carta en el bolsillo y dice):

—Pues señor, bien; reflexionaremos para darle gusto á D. Salustiano.

(Van entrando sucesivamente los señores ministros. El de Fomento entra tosiendo, el de la Guerra bramando, el de Hacienda pálido, el de Gracia y

*Justicia sofocado, el de Estado tarareando, el de Gobernación sereno, el de Ultramar nublado, y el de Marina borrascoso.)*

El duque de la Torre.—¡Hola, señores! Sentémonos.

(Momentos de silencio.)

El duque de la Torre.—Pues... ya que estamos aquí reunidos y... y tenemos que tratar de tantas cosas... yo... digo, á mí me parece que...

Topete.—Hombre, ¿dónde ha comprado Vd. esos gemelos?

El duque de la Torre.—En casa de Samper. ¿Los quiere Vd.?

Topete.—No, gracias. ¿Con que decía Vd. que íbamos á tratar esa cosa del rey?

El duque de la Torre.—Sí, precisamente; á eso me refería. ¿No les parece á Vds.?

Prim.—¡Pst! No hay una necesidad, pero, en fin, si Vds. creen... yo... ya he dicho en este punto...

Sagasta.—¡Justo! Ya hemos dicho...

Ruiz Zorrilla.—No, perdone Vd., yo no he dicho nada de eso.

Figueroa.—Pues bien mirado, á mí ya me va corriendo prisa, porque quisiera que el rey me prestara la firma.

Romero.—Y á propósito, D. Laureano, ¿cómo estamos de dinero?

Figueroa.—No sé nada.

Ayala (aparte á Serrano).—¡Qué modesto es!

Prim.—Pues bien, señores, yo ya he dicho que aquí lo que hay que hacer es determinarse pronto, ¿eh? Porque á mí ya me va pareciendo esto un poco pesado, y el día de mañana se reunirán las Cortes, y...

Sagasta.—¿Está Vd. seguro?

Prim.—Pues ya lo creo.

Sagasta.—Vaya, pues eso me consuela.

Prim.—Se reunirán las Cortes,—decía—y tenemos necesidad de tener nuestro candidato elegido. ¿No es así?

El duque de la Torre.—Así es. Ha llegado, señores, el momento de que decidamos quién ha de ser el futuro monarca de España.

Topete.—¡Ea, caballeros, el que le paesca bien que levante el deo!

El duque de la Torre.—Por mi parte, el duque...

Lorenzana.—Hombre, sí, el duque de...

Prim.—¿Qué duque es ese?

(Silencio mortal.)

Sagasta.—No, yo les diré á Vds... yo tengo trabajos hechos, y también con el duque...

Romero Ortiz.—Todos estamos conformes en el duque...

Topete.—Pues señó, quíe desir que er duque se la lleva, ¿no es eso?

Ayala.—Justo. Solo falta saber qué duque es ese.

¿Eh?

Sagasta.—Pues ahí iba yo á parar. Se trata del duque de...

El de la Torre.—Sí, del de...

Figueroa.—Justo, del de...

Lorenzana.—Pues, el de...

Ruiz Zorrilla.—No hay más que hablar, me parece que estamos todos conformes.

El duque de la Torre.—Perfectamente.

Varios.—Admirablemente.

Todos.—Deliciosamente.

Un portero.—Ahí está el redactor de *La Correspondencia* que viene á por noticias.

Lorenzana.—Vaya, pues que le digan que estamos conformes.

(El portero se va y vuelve.)

—Dice el de *La Correspondencia* que si se puede saber en qué están Vds. conformes.

Sagasta.—¡Sí, hombre, sí, en eso!

(Se va el portero y vuelve.)

—Dice el de *La Correspondencia* que... qué es eso!

Topete.—¡La cosa esa del rey, hombre!

Todos.—¡Justo, lo del... rey!

(El criado se va y no vuelve. Los ministros comienzan á hablar de varios asuntos. El duque de la Torre está violento y estruja, sin ser visto, la carta de don Salustiano. Prim y Sagasta hablan con dificultad, como si les doliera el estómago. Topete y Ayala se han quedado meditabundos. Los ministros progresistas tosen, Romero Ortiz y Lorenzana se tocan con el pie á cada palabra que dicen. Por último, el duque de la Torre convida á almorzar á sus compañeros.)

*La Correspondencia* anuncia á las pocas horas que todos los ministros están conformes en proponer un candidato á la aprobación de las Cortes Constituyentes.

¡Vea Vd.!

¡Vea Vd. cómo se escribe la historia!

## A DON BALDOMERO.

Muchos y poderosos motivos me obligan hoy á escribirle, pero entre todos hay uno que me adelanto á manifestar en disculpa de mi atrevimiento.

Hace días, Sr. D. Baldomero de mi alma, que no se da Vd. mano de reposo; por todas partes le dirigen cartas, ya felicitándole por aquello ó por esto, ya presentándole como jefe de la nación, ya como jefe del Estado, quién como rey, quién como presidente de la futura República.

¿Y qué hace Vd. á todo esto? Contestarles. Pues bien, y este es el motivo que me obliga á dirigirle esta.

A todas las cartas que le presentan como candidato para el primer puesto, contesta Vd. con la miel en los labios.

Esta carta mia se dirige precisamente á demostrarle todo lo contrario. ¿Será esto motivo suficiente para que se quede sin contestacion?

No lo creo, y aquí tiene Vd., señor duque, el principal motivo de dirigirme esta para decirle lo que debería decir en un artículo de este periódico, como es mi costumbre.

Trátase, señor duque, de ponerle á Vd. como coronamiento del edificio. Vd. parece que no rehusa ser el tapon de esta botella espirituosa que se llama España.

Mientras mis apreciables amigos, los señores monárquicos, han hablado de Vd. como rey, yo he callado. Allá se las avengan ellos con Vd. y con la espada de Luchana y con los partidarios del niño Alfonso.

No pongo en duda que Vd. pueda ser rey, porque tal como los liberales van á dejar la monarquía cualquiera puede servir para el caso.

Ya me le han presentado á Vd. por esos escaparares vestido con pantalon de franja, manto de púrpura, y el tupé de los buenos tiempos. ¡Si viera usted qué feito está! Bien que ya lo habrá Vd. visto y hasta le habrá escrito una carta dando las gracias al autor, gracias poco merecidas, señor duque, porque ni de propósito se le pone á Vd. más en ridículo.

Digo, pues, que no me extrañaría verlo de rey, y eso que siempre, señor duque, he tenido la desgracia de estar enfrente de su política.

¿Qué mal me habia de hacer Vd. siendo rey?

Ninguno.

¿Hacerme reir? Esto no es ningun mal. Si, lo confieso, señor duque. Yo no podria contener la carcajada, y eso que la idea es muy triste, porque ya sabrá Vd. que los que le quieren rey, le quieren porque se morirá Vd. pronto y porque no tiene hijos, y por otras razones de este tenor.

Señor duque, piense Vd., si es tiempo, en la comedia que va Vd. á representar. Y si Vd. no quiere pensar en ello, yo me lavo la pluma.

He dicho más arriba que siempre he estado enfrente de su política.

Me explicaré: empecé yo á escribir de política allá por el bienio, y empecé en periódicos republicanos, siendo denunciado varias veces por el paternal gobierno del duque de la Victoria y absuelto por el jurado: de todos modos, la intencion estaba conocida.

Cayó aquella situacion por culpa del duque de la Victoria, quien no hizo caso de nuestros consejos, y mientras nos denunciaba se dejaba echar la zancadilla por el general O'Donnell.

Su política, señor duque, se simboliza en esta frase: *Cumplase la voluntad nacional.*

Ya en 1856 la voluntad nacional decia: «Señor duque, es preciso arrojar á esa mujer del trono.»

Y Vd., en cambio, obedeció á la mujer y arrojó del gobierno al partido liberal.

¿Era la voluntad de Isabel II la voluntad nacional?

No he podido encontrar aun datos que me autoricen á creerlo, señor duque.

Desde entonces acá, siento decirselo, pero el partido liberal, el partido verdaderamente revolucionario no ha encontrado en Vd. el apoyo que reclamaba.

Llegan los últimos sucesos: Andalucía se levanta, luchan Santander y Béjar, dos ejércitos se disponen á morir en Alcolea. De este último encuentro saldrá la libertad ó la tiranía. Una sola cosa podria decidir anticipadamente la victoria. ¡Que Espartero salga de su retiro, que los liberales vean brillar la espada de Luchana! ¡Zaragoza esperal...! ¡Señor duque, á Zaragoza! ¡Soldado, la patria te reclama! ¡Una palabra, una señal de aprobacion!

¡Silencio completo!

El señor duque no habia conocido todavía el 29 de setiembre de 1868 cuál era la voluntad nacional.

Hoy, cuando al señor duque se le ofrece el primer puesto de la nacion, conoce ya cuál es la voluntad nacional.

Digamos toda la verdad, no á los esparteristas, sino á mis amigos los republicanos.

Vd., señor duque de la Victoria, es un hombre honrado.

Vd., señor duque de la Victoria, es también un hombre consecuente.

Pero yo soy también consecuente, y aconsejo á mi partido que piense, en las siguientes palabras que acaba Vd. de pronunciar, en contestacion á una carta del Sr. Pirala:

«Vds. conocen bien mis sentimientos y saben que en medio del encontrado oleaje de la política española, yo permanezco firme siempre sobre la roca inalterable de mis principios.»

Perfectamente: ya sabemos á qué atenernos; en el año 1856 me denunciaba Vd. por republicano, y como permanece Vd. siempre en la roca inalterable de sus principios, me denunciará también mañana.

Si Vd. es consecuente con sus ideas, tiene que ser enemigo mio; y si yo soy consecuente con las mias, ¿podré ser amigo suyo?

El general Serrano ha hecho una revolucion y ha tomado mis principios para acercarse á mí.

Pero Vd., señor duque, en tanto, ha permanecido sobre la roca inalterable de sus principios.

Por muchos años, señor duque. En esa roca se va Vd. á quedar solo como el antiguo señor feudal.

Todo lo que llevo dicho, señor duque, tiene por objeto explicar mi manera de ver esta nueva faz que va tomando hoy la revolucion española.

Resumiendo: Mientras los monárquicos han traído y llevado su candidatura al trono, me he callado, porque no me inspiraba gran interés la cosa, y porque además, estaban en su derecho los monárquicos haciendo tonterías.

Pero desde que he oido que algunos republicanos le presentan á Vd. candidato á la presidencia de la República, no he podido callar, no callaré, ¡vive Dios!

Esta es mi opinion francamente expresada; podrá ser errónea, pero es leal, y, lo que es mejor todavía, *no he tenido otra.*

LUIS RIVERA.

## TERNO REAL.

A caballo en sendos rucios con ronzal, pero sin bridas, y puestos los acicates en morunas zapatillas, sin heraldos, ni escuderos, ni otra noble comitiva que un *pachon* de mala traza y un *mastin* de mala pinta, tres bultos en el camino de la corte se divisan, que si ayer fué coronada hoy es ciudadana villa, y diz quien los vió de cerca y les reparó la *fila*, que llevan mantos de pieles que al cándido armino imitan, con motas de trecho en trecho como de manchas de tinta, y coronas... como tiestos, y unas chupas muy bonitas, y cetros y lentejuelas, y treinta mil baratijas, que además alforjas traen los tres, y todas llenitas de succulentos manjares, oro, plata y pedrería: siendo fac-símile exacto segun resalta á la vista, de los *pistonudos* reyes que en la baraja nos pintan. Hay quien piensa y quien propala, que esa trinidad burrística son candidatos al trono de la nueva monarquía; que cualquiera de los tres á España hará felicísima, que en su tiempo se atarán los perros con longanizas, dándole á cada vasallo para que *coma* una finca donde pueda estar al sol, *hacer tiempo* panza arriba, trabajar en digestiones y cantar la letanía; que como vienen en burro tardarán dos ó tres dias; pero que se les prepara una recepcion magnífica, *grandes soirées...* de gallegos, *manifestacion...* de chispas, y *conciertos...* de zambombas, *cencerros* y *chirimías*; y dicen... pero, lectores, no hay que tragarla, que es *filfa*; puedo asegurar á Vds., y lo sé de buena tinta, que esos son... ¡los reyes magos! que el seis de Enero (ó la víspera) vendrán á darles juguetes á cuantos niños y niñas pisen de Madrid el suelo ó el suelo de las provincias.

## ANTAÑO Y OGAÑO.

Antaño decia Jesús á sus discípulos: «Yo soy el buen pastor, y el buen pastor da la vida por su rebaño.»

Ogaño dice Pio IX á sus zuavos: «Mi sitio no estará probablemente en medio de un campamento; pero soy el Vicario de Dios y es preciso no olvidar que ese Dios, llamado Dios de paz, es también por efecto de su suprema sabiduría el Dios de los ejércitos, y que tenemos que combatir el mal y el error.»

Antaño decia Cristo á su apóstol Pedro: «El que se sirva de la espada, por la espada morirá.»

Ogaño dice el jefe de la Iglesia á su coronel Charette: «Es necesario sostener mis derechos á sangre y fuego.»

Antaño poseía el Dios de clemencia un cayado de pastor como simbolo de la paz que venia á predicar sobre sus propios enemigos.

Ogaño su sucesor compra Chassepots para fusilar á todo el que niegue su imperio sobre la tierra.

Antaño el hijo de Dios no tenia siquiera una piedra donde reposar su cabeza.

Ogaño su representante, con la tiara en la cabeza, dice á sus defensores: «Juro sobre vuestras armas que nuestros enemigos no traspasarán los muros impecederos del Vaticano.»

Antaño pedia el Señor á su propio padre que bendijera á los que le perseguian y le hacian morir en afrentoso suplicio.

Ogaño su discípulo pide á Dios que bendiga los batallones de zuavos á fin de que se conserven sanos y robustos, y puedan soportar las fatigas que traerá consigo la defensa de su poder temporal.

Antaño creia Magdalena que no habia otra cosa más grata para ofrecer á Jesús que las esencias con que embalsamaba su cabellera.

Ogaño á su sucesor es preciso mandarle fusiles y trenes de batir, ó dinero con que comprarlos, si se quiere alcanzar su bendicion católica, apostólica, romana.

Antaño Jesus multiplicaba los panes para alimentar la muchedumbre de pobres que le seguia ávida de escuchar su palabra divina.

Ogaño los enviados del Padre Santo bajan á la más humilde de las aldeas para arrancar al pobre el último ochavo y sostener con él las magnificencias de la Iglesia católica.

Antaño decia Jesucristo: «Si quereis seguirme, vended cuanto teneis, y su producto entregádselo á los pobres.»

Ogaño el que se llama su representante dice á sus agentes: «Muchos pocos hacen un mucho: andad, y que la viuda os dé su último real.»

Antaño decia Jesús: *Pax vobis.*

Ogaño repiten los ecos del Vaticano: *¡Apunten, fuego!*

Antaño resucitaban los muertos al soplo del hijo de Dios.

Ogaño los vivos como Monti y Tognetti son decapitados á la voz del Vicario.

Antaño el fundador del cristianismo convertía los pueblos enteros á su doctrina.

Ogaño van debilitándose las creencias de tal modo, que dentro de poco sólo habrá incrédulos.

Antaño se apoyaba la predicacion en los ejemplos de caridad, de humildad y fraternidad.

Ogaño se apoyan en las exhortaciones á la guerra de los pueblos contra los pueblos, de los hermanos contra los hermanos.

Antaño Cristo tenia por discípulos unos pobres pescadores que todo lo sacrificaban por seguirle.

Ogaño el que se llama rey de la cristiandad tiene por discípulos príncipes y monseñores con cruces de oro, generales espadachines y zuavos prontos á exterminar á todo el que se niegue á obedecer una doctrina tan valerosamente defendida.

Antaño habia para la pecadora una sonrisa de perdon.

Ogaño hay una rosa de oro. ¡Meditad, pueblos!

Nuestro querido amigo y compañero de redaccion Sr. Sanchez Perez ha dirigido al director de GIL BLAS la carta que á continuacion insertamos:

«Amigo Rivera: En el número 120 de GIL BLAS apareció un cabo suelto en que se hacian las siguientes afirmaciones:

1.º Que cuando el Sr. Picatoste no tenia la posicion oficial que hoy tiene, presentó á concurso una obra de bibliografía, que no obtuvo el premio.

2.º Que hoy, siendo el Sr. Picatoste jefe del negociado de Bibliotecas, la Nacional ha concedido el primer premio á la misma obra.

3.º Que las razones que tuvo el jurado primitivo para no premiar la Memoria en cuestion fueron varias erratas que encontró en ella, entre las cuales se contaba la muy gorda de hacer de un autor dos.

Y 4.º Que GIL BLAS no hubiera presentado en las actuales circunstancias su obra para no dar motivo á murmuraciones y habladerias.

Pues bien, segun lo convenido con Vd., señor director, he tenido el gusto de hablar del asunto con mi particular y querido amigo D. Felipe Picatoste y de nuestra conferencia amistosa ha resultado lo siguiente:

1.º Que *en efecto*, la Memoria se presentó hace ya tiempo y no fué premiada.

2.º Que *en efecto*, la Memoria presentada *ahora*, por segunda vez, ha obtenido el premio.

3.º Que *en efecto*, el *individuo* del jurado que se encargó de examinar la obra señaló como unos doce errores, entre los cuales habia, en su concepto, el de haber considerado como dos autores distintos á uno solo.

Y 4.º Que *en efecto*,—mi amigo Picatoste ha de perdonarme esta franqueza—GIL BLAS, en un caso parecido, no hubiera presentado *hoy* esa Memoria. Esto no es un cargo, es una opinion mia.

Al Sr. Picatoste le ha parecido oportuno presentar á concurso su obra.

A mí—sin que piense ni remotamente en dudar de la rectitud del jurado—no me lo parece.

Entre una opinion y otra, el público juzgará. Cuatro palabras más, para concluir. Segun el Sr. D. Felipe Picatoste, los errores señalados por el *individuo* del tribunal que examinó su obra no son tales errores, y en caso de serlo, lo son únicamente de su juez, que padeció, entre otras, la equivocacion crasa de confundir en uno solo á dos

autores que vivieron en diferentes siglos. Yo, amigo Rivera, si he de exponer mi opinion con lealtad, diré a Vd., que por las explicaciones oidas y por los datos presentados, entiendo que no es el Sr. Picatoste, sino el *jugador* de su obra, el equivocado; sin embargo, como las columnas de GIL BLAS no son el terreno más á propósito para dilucidar cuestiones de esta índole, y como, por otra parte, mi comision modesta estaba reducida en este caso á precisar si habia ó no habia exactitud en el cabo suelto que motiva estas líneas, tengo un placer verdadero en asegurar que todas y cada una de las afirmaciones en él contenidas eran exactas, como se desprende de lo anteriormente manifestado.

Quédese ahora para el Sr. Picatoste y para su severo juez ventilar en el campo de la ciencia si el autor es *doble ó sencillo* y si las erratas pertenecen á este ó al otro: en lo que se refiere á GIL BLAS, el asunto está terminado y ratificado su suelto.

Dicho lo cual, amigo Rivera, réstame solo decirle: «Mande Vd. otra cosa.»—Suyo afectísimo

A. SANGHEZ PEREZ.

## CABOS SUELTOS

Mi querido amigo *El Cascabel* censura la funcion de Inocentes dada en los Bufos Arderius, con la asistencia del *rey Pablo I.*

No defendiendo á Pablo ni á los Bufos, y las censuras de *El Cascabel* están muy en su lugar, porque tiene el derecho de juzgar libremente á Pablo y á los Bufos.

Però á continuacion de la censura añade *El Cascabel*:

«La autoridad no ha debido saber que, con pretexto de funcion del día de Inocentes, se iba á dar tal espectáculo en un teatro de Madrid, porque si lo hubiera sabido, como debia, lo hubiese impedido.»

Amigo *Cascabel*, cuando uno se llama liberal es menester que no diga esas cosas.

La autoridad no podia prohibir ese espectáculo. Las palabras de *El Cascabel* parecen escritas por *La España* cuando habia censura previa.

El Sr Arderius es tan libre como *El Cascabel* para ofrecer al público los espectáculos que crea oportunos no faltando á las leyes.

¿Empezamos ya á asustarnos de la libertad?

Después de haberse bailado *ciento setenta noches el can-can* en el teatrillo de la calle de Carretas, la autoridad ha caído en la cuenta de que el baile era escandaloso y ha dado orden de cerrar el teatro, segun nos han dicho, si no se baila el *can-can* con más moderacion.

Ya me figuro á un comisionado midiendo con su *teodolito* moral la altura del telon sobre el suelo, ó el ángulo de las piernas para determinar si puede ó no puede tolerarse el *can-can*.

Digo, calculen Vds., si la bailarina acierta á levantar el pié una pulgada más de lo convenido, la serie de desdichas que pueden sobrevenir á España.

Hemos oido contar:

Hace dos dias robaron á un sugeto el paraguas y el portamonedas: el hecho ocurrió en el Callejón de Correos á la una de la noche poco más ó menos.

¿Cuánto apostamos á que los vigilantes de la autoridad que no evitaron el robo estaban midiendo lo lícito ó ilícito del *can-can*?

Así, así: antes que todo la moralidad.

Pase que se roben unos maravédises al transeunte; pero por Dios, en eso del baile no se ha de tolerar una línea más de lo concedido.

También ha escrito una carta don Enrique de Borbon; habla de César y Washington... ¡no la lea Vd., por Dios!

Sabemos que los redactores de cierto periódico semanal están en el Saladero.

Pues ¿y aquello de la libertad de imprenta, fué cosa de chanza?

¿En qué quedamos?

¿Se puede escribir, ó no se puede escribir?

Preciso es que sepamos á qué atenernos.

Al visitar la emperatriz á Isabel de Borbon, parece que tuvo lugar una escena digna de la tragedia antigua, y al despedirse, la emperatriz se arrojó en sus brazos, diciendo:

—¡Adios, amiga mia!

Con este motivo exclama Rochefort en *La Lanterne*:

«Me encantan estas desesperaciones puramente españolas! Isabel fusilaba por docenas sin dar la menor señal de emocion; cuando venian á contarle que veinticinco sargentos acababan de recibir sus seis

balas en el estómago, ella replicaba con una calma heroica:

—¿Vamos hoy á almorzar al campo?

En cambio, cuando se trata de su vida, de su trono ó simplemente de sus millones, estas mujeres estóicas se arrojan una en brazos de otra, con lágrimas casi tan abundantes como las que ellas han hecho verter sin conmoverse lo más mínimo.

Nadie se imagina los tesoros de piedad que el corazon ordinariamente helado de una soberana encierra para sus propias desgracias, que los cortesanos llaman «un gran infortunio.»

En cuanto á los fusilamientos, á las deportaciones en masa, á las familias huérfanas, á las madres separadas de sus hijos (engañadas cruelmente como la madre de Copeiro)... ¡Oh, estos son infortunios muy insignificantes, y la emperatriz no experimentaba entonces la necesidad de arrojarse en brazos de nadie.»

He visto *Los Monos sábios* por Isabel de Borbon, periódico que ella escribe para desahogar su humor: Me gustan más las *Memorias* de la *biche* Rigolbostk.

En la comedia *No hay mal que por bien no venga*, que me gusta muy poco por los absurdos que contiene y por las tendencias que descubre, hay una escena en extremo ridícula, que es aquella en que un personaje dice: «Luisa, la amo á Vd. y creo en Dios.»

Como se puede amar á una mujer sin necesidad de otra cosa, á mí esta exclamacion me hace el mismo efecto que si dijera:

—¡Luisa, la amo á Vd., y me gustan las castañas asadas!

Otro rasgo de la misma obra es la de presentar á todo filósofo, ó lo que es lo mismo, á todo hombre que piensa, como impío, hereje y malvado. ¡Cuánta necesidad!

Y una vez hecho un malvado de todo filósofo, quiere probar que los neo-católicos son los únicos hombres de bien.

Esto es como si yo dijera que el que pide limosna con un trabuco es un religioso práctico, y despues exclamase en un apuro:—¡Dios mio, ese bandido de quien me he burlado es el único hombre de bien que conozco!

También se revela la pueril intencion del autor en aquel libro de *La Dama de las Camelias*, que el padre oculta por inmorral á su hija.

La dama de las Camelias es una mujer viciosa, cuya vida y desgraciada muerte no inspiran á nadie deseos de imitarla.

En cambio, el padre dejaria, por ejemplo, en poder de su hija la historia de Felipe II, rey muy católico, y la inocente niña aprenderia á ser adúltera como la princesa de Eboli, á engañar á su marido, á venderse al rey por la opulencia y á su secretario por amor.

¡Qué ejemplos tan católicos en los católicos libros!

Y cuenta que la dama de las Camelias es una mujer despreciable, mientras la prostituta aristocrática recibe adoraciones de todos los poderosos,—hasta de los obispos.

¡Viva la moral de los neos!

Recomienda *El Pensamiento* á sus correligionarios que para asuntos de elecciones se dirijan á la *asociacion católica* de Viluma y Necedal.

Desde el momento en que esa asociacion tiene carácter político, puedo *cancanearla* sin faltar á las reglas.

Porque una sociedad católica ocupandose de elecciones me parece una misa mayor en una plaza de toros, con la diferencia de que los chulos me divierten más que los curas.

Se anuncia la salida de varios periódicos nuevos: *El Programa*, democrático-monárquico; el *Jeremias*, republicano y con caricaturas; *La Monarquía Constitucional* y algun otro.

A todos les deseo larga y próspera vida.

*La Epoca* ha estado ó está aun á pique de tener un lance con el *Gaulois*.

No sé hasta qué punto habrá estado firme el señor Coello, que reside en Paris.

De todos modos, la contestacion que *La Epoca* da al *Gaulois* en el número del jueves último me parece digna.

Se ha hablado mucho entre los cortesanos de Paris de los regalitos que se han hecho esta Navidad el príncipe imperial y el señorito Alfonso.

¡Oh juventud, oh inocencia!

Cuentan que el niño francés regaló á su amiguito una guillotina muy cuca, diciéndole:

—Puesto que tu mamá acostumbra á enviar al cadalso por centenares á sus miserables vasallos, este instrumento le vendrá bien.

—No, á mi mamá le gustan más los fusilamientos, porque mueren todos de una sola descarga.

—¡Ah, tu mamá no comprende el placer de ver rodar una por una las cabezas rebeldes!

—Te diré... la guillotina es infame, porque se ha empleado ya para cortar la cabeza de los reyes, mientras que los fusilamientos...

—¡Tien! En Méjico fué fusilado Maximiliano.

—¡Carape! ¡Pues es necesario que inventemos otro suplicio virgen!

¡Ah! ¡Qué juventud y qué inocencia!

Esto se llama la esperanza de la patria.

Anda Belda por ahí vestido de mayoral; ¿quién no le conoce así si es su traje natural?

¿Para qué se ha hecho la revolucion?

Para restablecer la Imprenta Nacional con tres regentes y otros muchos empleados, volviendo exactamente á los tiempos de Gonzalez Brabo, con la diferencia, que para mengua de España, se ha montado la imprenta con lo viejo que no quisieron llevarse cuando se deshizo.

Una vez suprimida la Imprenta Nacional, nunca debió restablecerse; primero, porque valia 6 millones, pongo por caso, el material, y produjo 6 duros; dando lugar á que cada uno sacara y apandara lo que le vino bien: segundo, porque ahora hay que hacer nuevos gastos, y aquella y esto lo paga el pobre contribuyente.

¿Por qué no se averigua lo que hubo cuando la suprimida Imprenta Nacional, respecto á la desaparicion de material, que ha continuado hasta hoy? Es muy gracioso lo que pasa en Madrid; se prende en una casa una caja de fósforos, en seguida van las autoridades y el juez de guardia á instruir la causa; se trata de un desfalco ó robo al Estado, nadie acude ni se busca al criminal, y todos son á echar tierra!!!

A propósito de esto voy á decir al Sr. Sagasta un recado al oido.

Mire Vd.; ese arreglo de la imprenta oficial tiene muy poca gracia, pero la manera de llevarle á cabo tiene menos aun.

En esa imprenta, como es natural, tendrán cabida los de casa, ¿no es cierto? me alegro mucho; ya sabe Vd. que yo soy de los que opinan que lo que puede hacer un liberal no se le debe dar á hacer á un neo.

En este concepto estoy satisfecho con que se nombre á Manuel Rojas primer regente. No hablemos más sobre este nombramiento.

Però... ¿y los demás?

¿Y los redactores?

¿Y los demás regentes ó impresores?

Sr. Sagasta, mucho ojo.

Si no recuerdo mal, presos y condenados por liberales han estado últimamente algunos impresores.

¿Seria justo que otros fueran preferidos á estos?

O mejor pensado, ¿no hay bastante con un regente?

Mejor aun, ¿por qué no salen á oposicion?

### Soneto.

Estando Cheste triste meditando en la restauracion de su señora, ella siempre tenaz y pecadora en su terco capricho iba pensando.

Marfori las playeras entonando decia para sí: «Vendrá la hora que la que ha sido tierna protectora, guste mañana de otro contrabando.»

Ni Claret ni la monja se entendian; ¿quién pudiera entenderse en tanto enredo? tan solo desatinos discurrían;

Y aunque el conde mostraba gran denuedo, de sus necias bravatas se reian, y cada quisque se mambaba el dedo.

En el Teatro Español se ensaya, segun dicen otros colegas, una comedia, imitacion de nuestro teatro antiguo, y que se titula *La luna de sangre*. ¿Con que *La luna de sangre*? ¿Eh? ¡Caramba! *C'est trop fort*.

## PASATIEMPO.

### CHARADA.

Es un astro mi primera, es el neo mi segunda; y el todo bien aplicado lo necesita Carulla.

(La solucion en el próximo número.)

MADRID: 4869.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLR DE LA CABEZA, 27.